

ALLÁ LEJOS Y HACE TIEMPO ANGLOS, NATIVES, PÁJAROS, ESCUERZOS...

Fernando Sorrentino

Antecedentes

En 1827 se concretó en Boston el casamiento entre Daniel Hudson y Catherine Kemble, ambos estadounidenses. Diez años más tarde el matrimonio se estableció a unos cuarenta y cinco kilómetros al sudeste de la ciudad de Buenos Aires, en la localidad llamada hoy Ingeniero Allan, que pertenece ahora al partido de Florencio Varela y pertenecía entonces al de Quilmes. Aquí adquirieron una pequeña estancia, llamada Los Veinticinco Ombúes, donde se dedicaron a la cría de ovejas y a diversos trabajos de índole rural.

El matrimonio pertenecía a la Iglesia Metodista, una rama, al parecer, originada en el anglicanismo, y en aquel culto fueron bautizados sus seis hijos: cuatro varones y dos mujeres. El cuarto hijo fue William Henry Hudson, que nació el 4 de agosto de 1841; falleció en Worthing (Inglaterra) el 18 de agosto de 1922. Como se sabe, este es autor de una extensísima obra en su faceta de naturalista. Se le deben asimismo textos de ficción como las novelas *The Purple Land that England Lost* (1885)¹ y *Green Mansions: A Romance of the Tropical Forest* (1904), y otros libros de narrativa. Pero, con respecto a la Argentina, es autor de un libro de recuerdos titulado *Far Away and Long Ago - A History of My Early Life*, publicado por primera vez en 1918.

En 1938 Fernando Pozzo y Celia Rodríguez de Pozzo realizan la primera traducción al español, con el título de *Allá lejos y hace tiempo - Relatos de mi infancia*. Esta publicación fue reeditada muchas veces. Hay otras traducciones,² pero la que yo utilicé fue la del libro que, desde tiempo inmemorial, está en casa: Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1945, 368 págs.; lleva “Prólogo” de

¹ “La tierra púrpura que Inglaterra perdió” resulta ser la República Oriental del Uruguay. Jorge Luis Borges dedicó a esta novela un laudatorio artículo (“Sobre *The Purple Land*”, *Otras inquisiciones*, 1952) donde reproduce —ignoro si en broma o en serio— un juicio de Ezequiel Martínez Estrada en el que este cultor del disparate solemne afirma, entre otros despropósitos: “Nuestras cosas no han tenido poeta, pintor ni intérprete semejante a Hudson. Hernández es una parcela de ese cosmorama de la vida argentina que Hudson cantó, describió y comentó...” (Tal vez a algún lector le interese conocer el trabajo que, sobre uno de los desatinos de Martínez Estrada, publiqué, años ha, en <http://www.ucm.es/info/especulo/numero32/enletura.html>.)

² Caterina Calafat, en su trabajo “Far away and long ago: William Henry Hudson vs. Guillermo Enrique Hudson”, *Oceanide* 4, 2012, enumera algunas (aunque yerra, al principio, y luego enmienda, la fecha de la primera —Pozzo y Rodríguez de Pozzo—, que no es 1948 sino 1938).



Robert Cunninghame Graham³ e ilustraciones de Franco Mosca. De manera que todas las citas han sido tomadas de esta versión y confrontadas por mí con el original de *Far Away and Long Ago*, sin que haya considerado necesario agregar a este trabajo los pasajes originales en inglés.

Hudson vivió en la Argentina desde su nacimiento hasta el año 1874: los primeros tiempos en el partido de Florencio Varela (hasta su edad de cinco años) y luego, más al sur, en la zona de Chascomús, donde la familia estableció una pulpería de campaña, a unos 127 kilómetros de Buenos Aires; asimismo conoció otros lugares del país. En 1874 abandonó esta parte del mundo y se radicó en Inglaterra, donde permaneció hasta su muerte.

El libro en cuestión

Como ya dije, el libro consta de recuerdos escritos por Hudson cuando él se encontraba, en su estadía definitiva,

³ Robert Cunninghame Graham (1852-1936), político y escritor escocés (aunque nacido en Londres). Amigo y admirador de Hudson, en su “Prólogo” lleva su devoción hasta la siguiente hipébole: “Muy bien conocía a los hombres con quienes pasó su juventud ‘hasta el caracú’, como ellos mismos, seguramente, le habrían dicho. Escribió de ellos, no desde el punto de vista de un observador, sino como ellos lo habrían hecho si hubieran dejado el lazo y tomado la pluma. Ni Ascasubi, ni Hernández, ni el que compuso la visita de los ‘compadres’ al teatro Colón [Estanislao del Campo, *Fausto*], tan repleta de agudeza e ideas curiosas, jamás produjeron nada más verdaderamente argentino que el ‘Story of a Piebald Horse’ (Cuento de un caballo overo)”. Estos conceptos —tan delirantes como autoritariamente británicos—, citados por Borges en la nota 1 de este artículo, se hallan en sintonía con las ligerezas disfrazadas de tremendas cavilaciones a que era tan afecto Martínez Estrada.



en Inglaterra. Muchas de tales reminiscencias pueden corresponder a la realidad, aunque es bien sabido que el placer de fabular es posiblemente el que constituye el vicio más maravilloso que aqueja a los inventores de ficción (entre cuyos pecadores me permito incluirme). De manera que, según entiendo, algunos de esos recuerdos están, sin duda, embellecidos por la pluma del autor, y otros, directamente, tergiversados o imaginados por él.⁴ Travesuras que no me parecen mal, pues corresponden a los derechos inapelables de todo narrador.

En el “Prólogo” citado, Cunninghame Graham expresa: “Aunque extranjero de sangre, era argentino en todo lo esencial, ya que el ambiente siempre influye más en la vida que la raza.”

Sin intentar analizar qué significa el vocablo “raza”, lo cierto es que rechazo en absoluto esta aseveración. Para empezar, no creo que Cunninghame Graham —al fin y al cabo, un ciudadano británico— estuviera en condiciones de establecer qué es ser “argentino en todo lo esencial”, abstracción indefinible incluso para quienes —como, por ejemplo, yo— tenemos nuestras raíces muy hundidas en la paradójica y contradictoria comarca triangular que se extiende por el sur de la América del Sur.

Afirmar —como lo hace el binomio Cunninghame Graham—Martínez Estrada—que un libro hecho de recuerdos casuales, sin orden alguno, carente de cohesión argumental y despojado de la mínima tensión dramática es superior al *Martín Fierro* constituye, por lo menos, un audacísimo ejercicio de la imaginación más desenfrenada e irracional. Por otra parte, no puedo concordar con la idea

⁴ Tal, por ejemplo, el episodio del capítulo 2, en que Mr. Trigg representa e imita a una anciana escocesa sin que la familia Hudson advierta la impostura. Lamento decir que no logro creer tan evidente patraña.

de conferir a Hudson un puesto dentro de la literatura argentina. Y no me refiero a un “puesto importante”; opino que no merece puesto alguno, ni importante, ni mediocre, ni despreciable.

En primer lugar, para ser un escritor argentino es necesario escribir en español, y Hudson escribió exclusivamente en inglés. Y, aunque, en algunas de sus obras, el ambiente sea argentino, su mirada es siempre angloestadounidense y, por añadidura, bastante despectiva. Él se consideraba parte central del ámbito “civilizado” de Anglosajonia, y veía a estas tierras y a sus habitantes como pertenecientes a la más primitiva barbarie (cosa que bien podría ser verdad, pero que no lo habilita, ciertamente, para formar parte del elenco de escritores argentinos).

(Para agregar un símil grotesco... Si alguien dedicara su vida a escribir sobre problemas de geometría, eso no lo convertiría, por ejemplo, en un triángulo o en un círculo. Nadie ha considerado a Rudyard Kipling escritor indio o a Henry Rider Haggard escritor sudafricano, a pesar del ámbito geográfico en que discurren muchas de sus historias. Entonces, ¿por qué convertir en argentino a Hudson debido al hecho de ocuparse, alguna que otra vez, de esta geografía y de sus poblaciones...?)

Además, la familia Hudson desarrollaba su vida social en una suerte de microclima anglohablante, escindido en cuanto fuera posible del contacto con los *natives*. Si nos guiáramos por las menciones de las personas que aparecen en el libro, surgiría la falsa estadística de que ingleses, escoceses, irlandeses, galeses y estadounidenses formaban la mayoría poblacional en la provincia de Buenos Aires y que los argentinos sólo constituían un núcleo numéricamente menor.

A continuación señalaré algunos de los pasajes en que el dulce naturalista “argentino” muestra el duro metal de Anglosajonia con que estaba constituido.

Orgullosa de pertenecer a una “raza inferior”

El pequeño Hudson intenta jinetear un perro, pero cae y se rompe una pierna. A continuación compara la actitud del perro con la expresión de “una de esas negras fieles y ancianas, encargadas de un montón de revoltosos chicos blancos, ¡tan orgullosa y contenta de cuidar a los hijos de una raza superior!” He aquí el pasaje completo:

Felizmente, esos huesos quebradizos y pequeños rápidamente se sueldan, no tardando mucho en quedarme curado de los efectos de este accidente. Sin ninguna duda, mi corcel canino quedó tan disgustado como cualquiera de nosotros con lo sucedido, y aun me



parece ver al inteligente compañero, sentado en la curiosa posición que había adquirido para hacer descansar su pata enferma, con la boca abierta en una especie de inmensa sonrisa y mirándonos con sus ojos castaños y benevolentes, reflejando la misma expresión que pone una de esas negras fieles y ancianas, encargadas de un montón de revoltosos chicos blancos, ¡tan orgullosa y contenta de cuidar a los hijos de una raza superior! (p. 27).

Lo cierto es que, si yo fuera una negra fiel y anciana, no me sentiría “orgullosa y contenta” de cuidar niños evidentemente anglosajones. Más bien lo experimentaría como un inmerecido castigo.

Espanoles o *natives*: gente indolente y descuidada

El mencionado sitio había estado durante varios años en poder de una familia española o criolla, gente indolente y descuidada, confiada en la buena suerte (p. 42).

Mr. Trigg, el maestro de los niños: mirada de secreto disgusto y desconfianza hacia los *natives*

A caballo, con sus alforjas detrás, viajaba a través del país, visitando a todos los pobladores ingleses, escoceses e irlandeses, ovejeros en su mayoría, y evitando cuidadosamente las casas de criollos. Con éstos no podía establecer afinidad; no comprendiendo su idiosincrasia y siendo verdaderamente incapaz de entenderlos, los miraba con secreto disgusto y desconfianza (p. 46).

Daniel Hudson convertido en el tío Tom

Cuando se acercaban miré con asombro al jinete que iba adelante: un negro alto, en mangas de camisa,

desconocido para mí. “¿Quién será este negro?”, me pregunté asombrado. De pronto oí que me gritaban en inglés: “¡Hola, hijo! ¿qué estás haciendo aquí?” Estupefacto oí la voz de mi padre. ¡Una hora de lucha con las llamas, entre la nube de negras cenizas, bajo el ardiente sol y el viento, habíalo transformado en un africano de pura raza! (p. 91).

Lamento expresar, nuevamente, que no creo en la veracidad de esta anécdota. Agregaré que el original inglés dice *negro* y no *africano*, como erróneamente —prefiriendo lo genérico a lo específico— expresaron los traductores.

El joven porteño que, a diferencia de los demás *natives*, se divierte matando pájaros

Lo seguí por algún tiempo, aumentando mi asombro y curiosidad, al ver a un ser, que parecía tan superior, ocupado en semejante pasatiempo. Porque es un hecho que los argentinos no persiguen a los pajaritos. Al contrario, ellos desprecian a los extranjeros que en el país los matan y atrapan (p. 125).

Aunque los benévolo traductores consignaron “argentinos”, Hudson había escrito *natives*.

Para destacar: los *natives* no aborrecen a los niños extranjeros y herejes

Paulatina experiencia me persuadió de que la gente se mostraba invariablemente amistosa y gentil con los niños, aunque éstos fueran hijos de extranjeros y herejes (p. 158).

En caso de que se diera la situación inversa: la gente anglosajona y protestante ¿sería amistosa y gentil con los niños, aunque éstos fueran hijos de extranjeros y herejes?

El gaucho que tiene la audacia de formular un reproche al niño anglosajón

Muchas horas pasé, durante varios días consecutivos, persiguiendo a las bandadas con mi petiso, lanzándoles las boleadoras, sin lograr agarrar más que un pájaro. [...] La última vez que invertí mis vanos esfuerzos en conseguir atrapar algún chorlo, sucedió que un tremendo gaucho barbudo, con el sombrero echado a la nuca, que venía de la casa montando un caballo grandote y pasaba a una distancia aproximada de treinta metros, de repente detuvo su cabalgadura y volviéndose, vino hacia mí al galope, hasta que ya muy cerca, me gritó: “¿Por qué venís aquí, inglesito, a asustar y espantar a los pajaritos de Dios? ¿No sabés que no dañan a nadie y está mal herirlos?” Y con esto, se alejó.

Yo quedé furioso por haber sido retado por un gaucho ignorante y ruin, quien, como la mayor parte de los de su clase, diría mentiras, trampearía en el juego, robaría, además de otras cosas malas, sin ningún remordimiento. También me pareció divertido oír que al chorlo, que yo quería para comer, le llamaran “pajarito de Dios”, como si fuera reyezuelo, golondrina o colibrí, o el querido y pequeño picaflor de los juncales. Experimenté vergüenza, no obstante, y abandoné la caza (p. 200).

Hudson no conoce al “tremendo gaucho barbudo”: es la primera vez que lo ve. Sin embargo, al instante lo caracteriza intelectual y moralmente: es “ignorante” y es “ruin”. Y, sin duda, infiere el ecuánime naturalista, este gaucho “diría mentiras, trampearía en el juego, robaría, además de otras cosas malas, sin ningún remordimiento”. Está muy seguro de la justicia que implica tal condena, aunque no aporta ninguna prueba que la fundamente. Está indignado: ¿cómo un gaucho ignorante y ruin pretende privar a un impecable, impoluto y metodista anglosajón del placer de matar pájaros?

(Y, aun dando por sentado que este gaucho estuviera estigmatizado por los defectos que le atribuye Hudson, también es verdad que nunca formó parte de bandas de filibusteros o piratas, ni de gavillas de traficantes de esclavos, y que jamás integró ejércitos que, movidos por sórdidos intereses comerciales, invadieron sin piedad comarcas débiles o indefensas.)

Los exterminadores de escuerzos reales (y de potenciales salvajes afroasiáticos)

William Henry y uno de sus hermanos deciden emprender una expedición punitiva con el objeto de exterminar escuerzos.

En esos días había él [el hermano de William Henry] estado leyendo un tratado de historia antigua, y excitado

con la relación de guerras, en las cuales se peleaba cuerpo a cuerpo, abandonó fusiles y pistolas, poniéndose con frenético celo a fabricar viejas armas: arcos y flechas, picas, hachas y jabalinas. Estas últimas eran palos, como de dos metros de largo, hechos con esmero, de madera de pino —no hay duda de que había sobornado al carpintero para que se los hiciera—, teniendo en la punta viejas hojas de cuchillo, de unos quince centímetros de largo, terriblemente afiladas. Tan formidables armas no se precisaban para nuestro objeto. Habrían sido útiles si hubiéramos ido contra los feroces y poderosos chanchos de don Anastasio, pero así lo mandaba él y, para su alocada y belicosa imaginación, los animales en forma de sapo significaban guerreros de alguna tribu hostil, que se nos enfrentaba, no recuerdo si de Asia o África, y a la que debíamos exterminar.

Tan pronto como nos introdujimos en nuestro largo bote, de armazón tosca, se volcó y caímos todos al agua. Fue ése el primero de una docena de trastornos y nuevos baños que sufrimos durante el día. Sin embargo, conseguimos navegar alrededor de la laguna y cruzarla dos o tres veces de lado a lado, matando a chuzazos setenta u ochenta de nuestros enemigos (pp. 202-203).

Sin prestar mayor atención al asesinato de los escuerzos mediante lanzazos, gozado muy anglosádicamente por ambos hermanos, es notable cómo éstos los identifican con “guerreros de alguna tribu hostil, que se nos enfrentaba, no recuerdo si de Asia o África, y a la que debíamos exterminar”. Aunque los guerreros “afroasiáticos” de dicha tribu hostil fueran —en teoría— las personas más crueles y sanguinarias de la creación, es seguro que estas batallas no tendrían lugar en el territorio del Reino Unido, de manera que no habrían ocurrido si los exterminadores no hubieran invadido el país donde vivían tan abominables guerreros.

Conclusión

Que yo sepa, hasta ahora nadie señaló la presencia de estas flores —por otra parte, tan evidentes— que, en el famoso libro de William Henry Hudson, se prodigan por doquiera.

Debo creer, entonces, que tal tarea le estaba destinada a quien redactó este trabajo, es decir: Fernando Sorrentino, *a native of Buenos Aires*. ☞

Fernando Sorrentino (Buenos Aires, 1942). Escritor argentino, autor de una vasta y variada obra, la más reciente: *La venganza del muerto* (cuento para niños, 2011); *Paraguas, supersticiones y cocodrilos (Verídicas historias improbables)* (cuento, 2013); *Sanitarios centenarios* (novela, 2000-2008); *El forajido sentimental. Incursiones por los escritos de Jorge Luis Borges* (ensayo, 2011); *Siete conversaciones con Adolfo Bioy Casares* (entrevista, 1992-2007); y *Ficcionario argentino (1840-1940). Cien años de narrativa: de Esteban Echeverría a Roberto Arlt* (antología, 2012). Es profesor de Lengua y Literatura.